

Título tentativo: De papel y mortaja (cuarta entrega)

de Toru Watanabe

21

Las universidades son semillero de críticos y aquélla a la que yo asistía no iba a defraudar dicha tradición. Mi tío había promulgado que todo lo que resultara de un quehacer artístico o cultural no era de primera necesidad y por lo tanto se le denominaba "producto superfluo". Todos los libros, cuanto dinero percibieran los artistas plásticos con la venta de su obra, cualquier ingreso en las taquillas de los teatros (por muy pequeño el foro y por muy experimental el montaje), debían pagar impuestos tan altos como los empresarios más consolidados de nuestro país. Así fue como el gobierno de mi tío borraba la herencia de mi padre. La gente estaba furiosa y yo nunca sabía si se acercarían para vituperarme por los actos de mi tío o para alabar a mi padre y expresar la falta que nos hacía. Mi estado permanente era de nervios exacerbados, con la defensa en alto, listo en todo momento para recibir un insulto o un halago. Qué agotador.

Después vino el recorte en el presupuesto de salud. Las condiciones de las clínicas y hospitales del país se deterioraban a una velocidad impresionante, y el reportero que estaba más entregado al caso, ése que hizo un análisis del impacto a nivel nacional y realizó una serie de entrevistas a enfermeras y pacientes, un buen día amaneció muerto. Así nomás. Nos convertimos en una de esas naciones, pisoteada como buen país latinoamericano, ¿te suena familiar?

El programa de alfabetización fue cancelado. Los útiles escolares, en otro tiempo repartido de manera gratuita, comenzaron a venderse a su valor comercial. Los servicios de agua y luz elevaron su costo en un trescientos por ciento. Ya nadie se refería a mi tío como el presidente interino, el

tipo era un caudillo que no hablaba de época de elecciones ni de ejercicio democrático. El pueblo estaba a su merced y sin protección, y él trataba a la ciudadanía como una bola de niños malagradecidos a los que había que reprender cuando hablaban mal de él a sus espaldas.

La prensa entonces, probablemente sometida al más severo de los correctivos (y tras la muerte de aquél periodista), comenzó a dibujar una imagen de prosperidad y buen gobierno que se asemejaba más a Suecia que a ese fragmento de Latinoamérica que éramos. Como ese teatro oriental de caja de luz y sombras: hay que ser un espectador de lo más dispuesto a entregarse a la ilusión porque el efecto por sí mismo no se sostiene durante mucho tiempo. Una astilla de suspicacia basta para romper el espejismo.

22

Desatado. Ésa es otra palabra que me encanta y que he escuchado mucho en este país, me recuerda a una agujeta desamarrada, libre, papaloteando en el aire aunque siempre a punto de ser pisada, de provocar el tropezón: la posibilidad, el riesgo. Bien, pues Claudio estaba desatado desde que Mariano volvió. Eran como infantes hiperactivos en busca de la siguiente travesura a realizar. "A transgredir se ha dicho" parecía la consigna y mira que la desempeñaban de forma concienzuda. Y ahí estabas tú para hacerle coro.

Con Mariano, todos comenzamos a entrar a las fiestas sin invitación, ¿te acuerdas? También había que salirse del antro sin pagar la cuenta, entrar a misa con una borrachera histórica, buscar el más sórdido de los tugurios, ir a una función infantil tan pachecos como si asistiéramos a Avándaro. Por supuesto, estaba la faceta "plazas y vías públicas" y aún no entiendo cómo es que nunca nos arrestaron.

Nadie se preocupaba del nivel que alcanzábamos pero ahí está el registro que no me dejará exagerar: las polaroids tomadas por Mariano, esas fotos crudas donde no sólo lucimos colocados sino con una pinta de lo más correosa. Decir que las polaroids no favorecen a nadie es quedarse corto porque nosotros lucíamos como una banda de proxenetas, criminales y furcias. O hemofílicos. Unos vampiros persistentes, con una sólida vocación de lame-banquetas, sedientos por encontrar el fondo.

El resto del tiempo, aquél en el que no estaban juntos e ingiriendo algo (y me excluyo porque yo contaba con mi trabajo en la biblioteca, esa otra actividad formal) eran espacios vacíos, una pausa entre fiestas donde nada memorable pasaba. Tiene algo de suicida ese reventón desmedido y creo que todos fingíamos no darnos cuenta (o bien, estábamos tan dopados que en efecto ni cuenta nos dábamos pero ahí estaba uno, probando la resistencia del cuerpo y del sistema legal). Creo que yo era el único que extrañaba las fiestas en tu casa, el estilo de Mariano me parecía desgastante y las sorpresas no me entusiasmaban tanto como a los demás. De cualquier manera, me adhería a ustedes, te seguía a ti y a Paulina en esto de representar a la lepra social.

Después de un viaje a Acapulco, Mariano y Claudio decidieron vender mariguana durante un rato, y de entre los posibles puntos de venta eligieron la biblioteca. Sentados a una mesa, platicaban como si se encontraran en un café y ni siquiera se tomaban la molestia de disfrazar la situación con un libro. Conforme transcurrían los días y como si fueran un papel con pegatina, los chavos se les adherían haciendo aún más indiscreto el asunto. Con un rozadero dactilar, como en el juego de manitas calientes, circulaba dinero, envoltorios y chistes coloquiales. Los tipos se sentían en casa. Mariano

siempre con una pinta de delincuente profesional, ágil, negociando en todo momento. Claudio, la sonrisa imborrable, como si no se enterara de lo sancionada que era su nueva actividad. Yo tenía los nervios crujientes de verlos circular por ahí, no estaba con ganas de exaltar la experiencia de ser testigo de estos tipos, mis *beatniks* particulares, y de lo que sí tenía ganas, verdaderas y sólidas ganas, era de conservar mi trabajo.

Un buen día dejaron de visitar. Mariano había desaparecido de nuevo, Paulina dijo que al parecer regresó a Acapulco por más mercancía, así que al menos por una o dos semanas Claudio volvía a ser el de antes, lo que lo colocaba de nuevo más cerca de la legalidad. Era el Claudio que yo había conocido, y aunque eso bastaba para deslumbrarme, creo que él extrañaba a Mariano. Se le notaba nostálgico, ¿a poco no? Al menos tú lo tuviste de nuevo más tiempo en casa, ¿en tu cama? Dirás que no me incumbe y tienes razón, es el más franco morbo el que me mueve a imaginarme el sexo entre otros, ni siquiera como acto lascivo sino por mera curiosidad práctica. Algo que ver con la ejecución talentosa de esas maromas. Placer y eficacia.

Ya sé, me disperso. Gano tiempo. Postergo el final hasta que le encuentre cierto sentido.

Los pericos australianos habitan, como burla a su nombre, en casi cualquier lugar con casi cualquier clima. Los hay de plumaje en tonos diversos, incluso en un morado que se desliza a un verde metálico. Nunca me imaginé a Paulina a cargo de alguna mascota, aunque fueran de éstas que requieren cuidados mínimos. El púrpura y su hembra azulilla estaban en

pleno cacareo marital, el cual quería acallar con un almohadazo.

Despegué los párpados que sopesaban media botella de vodka destilándose por el sol que la cortina dejaba escapar. Paulina recostada a mi lado. El Nicolás de siempre no andaría arrojando la ropa así nomás, bajo riesgo de lucir como crepé a la mañana siguiente o de agregar un calcetín más a la colección de nones. Pero como el Nicolás de siempre se había extraviado en el pasillo de literatura norteamericana hace ya varios meses, heme ahí empinado cuan largo soy al pie de la cama en busca de mis calzones. Al fin los encontré, me los puse en silencio, deposité mis piernas flácidas dentro de los pantalones y, como para romper con el orden preestablecido, fui yo quien se largó sin despedirse.

Decidí dar buen uso a mis últimos trescientos pesos y comprar alguno de esos libros que mi conciencia financiera nunca me permite adquirir. Un Seix Barral por ejemplo, o con suerte hasta un Siruela, aunque sea el más barato, por el puro gusto del olor a papel fino. Pensé que eso mejoraría mi humor, maquillaría la cruda.

A todo lo largo de la fachada de la librería, una manta anunciaba "cerrado por inventario". Leí sorprendido varias veces como síntoma de negación. Al minuto siguiente maldije a los pinches sistemas contables, al complot entre la gerencia, mi vida amorosa y la cruda que me reventaba el humor, y de pasada a la tan sobrevaluada cibernética que no les evitó cerrar un día. Ah, y por qué no, a ese martes de mierda y la fiesta nacional que me obligaba a llenar mi mañana con alguna actividad que no fuera el trabajo.

Los trescientos pesos que no me gasté me ayudaron a recuperar el ánimo y como ya los había eliminado de mi presupuesto de cualquier manera, los podía destinar a un buen

almuerzo. Alguna vez Claudio me sometió a la ruta crítica de cantinas y fue así como terminamos en La Providencia a la que sin duda era momento de regresar. Una sopa de médula, una cerveza bien fría, tal vez dos. Y ya una vez adentro, dejándome contagiar por ese ambiente de "se rifan crudas", quién quitaba y el número mágico era el tres.

Sentado en una mesa frente a la barra, estaba entre intervenir en la plática parroquiano-cantinero sobre las olimpiadas de invierno, o meterme en lo que sí debía importarme que era soplarle al caldo hasta hacerlo tomable. Entraron a la cantina Melchor y Gaspar. Lejos estaban de la Alameda, la extraviaron, se salieron de su marco. Hace horas que había terminado el momento estelar del maquillaje; con la peluca y el disfraz chueco, hicieron su pedido a lo lejos mientras se instalaban en su respectiva mesa. Al final venía Baltazar con un contoneo pomposo, decidido a apegarse al papel en todo momento. Una señora entró directo a la barra, pidió un tequila blanco, lo ingirió de un jalón, pagó y se fue; qué gargantas tienen en este país.

La media cerveza ingerida aportó cierta claridad y en cuanto la neblina de la cruda comenzó a despejarse recordé qué terco me puse la noche anterior, qué incoherente debí haberles sonado a todos ustedes. Verás, en mi cabeza, el juego de las similitudes se venía construyendo desde tiempo atrás y hacía tanto sentido que no había razón alguna para no compartirlo con ustedes. Bueno, basta, estoy queriendo encontrarle explicación a lo que no la tiene. Digamos que los motivos fueron cinco vodkas y dos porros que no tengo idea de cómo llegaron a mi mano. Y a volar. Sí, perdí el piso y no es que tuviera la intención de compartir nada, simplemente me fui, levé anclas. Pero al menos no me puedes reclamar mi falta de imaginación:

-...y tú, pinche Jack...

-...se llama Claudio, Nicolás... - tú me interrumpías, ¿te acuerdas?, es simpática tu manera de querer regular las fiestas, algo hacendosita y agobiada. De todos, eres la única que llega a mortificarse ante la pérdida del estilo, al menos a veces, aunque sea un poco. Y yo, para tu incomodidad, había mandado el estilo a la basura:

-no me interrumpas..., tú, pinche Jack, no te hagas, cabrón, le prohibiste la entrada a tu casa aquí al pobre de Allen- y aquí señalé a Leonardo por supuesto, y él puso cara de "ya me tocó a mí también". Pues sí, bienvenido a escena, llamado a filas, a apropiarse del personaje asignado:

-...y tú que te dejas, cacho, segregado de la casa de tu gran amigo por ser judío...- supongo que me apoyé en una herida oculta porque Leonardo se puso tan serio como en un funeral.

-De qué carajos estás hablando- intervino Rodrigo. Yo te pregunto: ¿Para qué se pone uno en el encuadre?, pues para que le tomen la foto. Así que también a Rodrigo le tocó:

-Tú ni te metas, ni perteneces aquí Gary... te caen bien, pero sabes que no eres como ellos...- No sé en qué momento recurrí al sillón, supongo que necesitaba una superficie amplia que me sustentara y como por puro contraste, todos estaban de pie frente a mí, muy serios, como tablones formando un cerco, ¿preocupados?, ¿molestos? ¿Y de dónde me salió tanto enojo si soy el abogado más fiel de esos gringos?

-pinche antisemita..., ¿cuándo te volviste una basura, Jack?

Fue entonces que Paulina se me atravesó en el campo de visión:

-Y tú..., tú te cocinas aparte... -, ¿qué quise decir?, no estoy seguro. De cualquier manera, eso es lo último que recuerdo antes de que la pantalla se me fuera a negros. Cómo agradezco que no estuviera Mariano para tomarme fotos o para detonar ve tú a saber qué fantasmas, entre la *beat* y nuestra experiencia delictiva en común, imagínate lo que pudo haber salido de mi boca.

La siguiente vez que abrí los ojos estaba en la cama de Paulina, ella desnuda a mi lado (y tú sabrás mejor que yo cómo llegué ahí). Por lo visto, no le parecía reclamable que yo hubiera perdido el estilo y la cordura, y que me diera por insultar extraños vía sus amigos. Será desapegada, algo autista, escurridiza, será muchas cosas pero al menos sí me queda claro que no se espanta con nada.

Pedí otra cerveza y con ella me llegó un taco de picadillo (amo las cantinas mexicanas, ¿alguna vez te lo he dicho?, esa vocación altruista de alimentar a los más necesitados es de admirarse). En la mesa de al lado había cuatro señores en pleno encuentro de dominó. Gritaban y sus voces se imponían, los altos decibeles ocupaban todo el espacio. Mis recuerdos de la noche anterior se deshilaron en cuanto me acomodé en ese vagón intermedio entre la cruda y la borrachera. Ese punto que se siente como el paraíso en la tierra, en ése estaba yo y ya ni mis incoherencias me parecían para tanto. Total, si Claudio era Claudio o Jack o su abuelo reencarnado, qué más daba. Qué nos define, en qué radica la identidad y qué chingados nos importa, si al fin y al cabo somos un champurrado, una masa en constante redefinición, nadie es puro ni auténtico ni intocado por otros.

Alcé la mano para pedir la Pacífico número tres. Me cae que nada ilumina tanto como la cerveza en la cruda.

24

"¡Yo no soy mi padre!" quería gritar hasta desgarrarme la garganta y el árbol genealógico. Pero conforme el país se deterioraba, mis compañeros esperaban de mí una postura y yo, por más que me había esforzado por mantenerme a distancia, tenía al menos que emitir síes y noes para un lado y para otro.

Se anunció una reforma a los programas universitarios y eso fue lo que acabó por inflamar el ánimo de los alumnos. Nadie del comité estudiantil ni del profesorado fueron convocados para participar en dicha reforma lo cuál sólo podía traer consigo malos augurios. También se impuso un límite de edad para el ingreso a la universidad y se le asignó un costo al proceso de selección. Se paralizaron las clases, se organizaron mesas de diálogo, se mimeografiaron panfletos informativos. Los estudiantes no sólo estaban defendiendo su universidad, sino que comenzaron a ser muy críticos en todas las demás áreas: el sector salud, el esquema fiscal, las elecciones inexistentes.

Cuando las clases cesaron, yo hacía lo posible por no aparecerme en la universidad, aunque lo cierto es que Puerto Midas es una ciudad universitaria, en todos lados se podía palpar que es anfitrión del instituto educativo más importante del país. De entre todos los mitos de su surgimiento, ésta es la realidad de Midas. Así que las mantas y manifestaciones estaban en todos lados, los panfletos se repartían por doquier. La ciudad en ebullición: no había manera de escapar del tema.

Aquella mañana salí para devolver un par de libros a la biblioteca, agradecido de que entre tanto caos, ésta siguiera funcionando. Supongo que lo que habría de venir se anunciaba en el ambiente y yo no presté atención. Había algo, un indicador, tal vez el silencio que precede a la hecatombe.

Las fuerzas armadas entraron a la universidad a los pocos minutos de que llegué al campus. Arribaron con el ruido de una tormenta. Los helicópteros, los cascos de los caballos, el golpe de las macanas. Es irónico, pero entre más contundente era la escena, más irreal me parecía. Miraba paralizado a mi alrededor, bien podría ser el tronco de un árbol de lo inmóvil que estaba. Era una columna, un objeto sin pulso, sin tener una reacción hacia los cuerpos que estaban tendidos sobre el concreto. "¿Están muertos?, ¿inconscientes?, ¿o fingen como un mamífero pequeño para despistar al depredador?"

Mi facultad fue la última en caer. Una pequeña isla de necedad ante el atropello. Los camiones militares no habían dejado de llegar y continuaban vomitando uniformados quienes corrían directo contra el portón a sumarse a los que ya estaban. La madera chirriaba y los que seguíamos adentro formamos un racimo en la parte trasera, amedrentados, un muégano humano para sentirnos resguardados. La postura de mis compañeros ya había sido expulsada de sus cuerpos, estaban sin aliento. Ausente el discurso, no había una pizca de enojo en ellos, lo único que representaban era el más puro de los miedos. Una de las hojas del portón se desprendió del muro con todo y bisagras y entró el ejército, macanas al aire, profiriendo insultos. Ése es el rostro de la represión, y cuando lo ves de frente, quisieras no volvértelo a topar jamás.

Mi estancia en la cárcel fue un plan vacacional de primera clase en comparación con lo que vivieron mis compañeros. Sus alaridos se trasminaban por las paredes, sus gritos de dolor se filtraban a través de los poros de ladrillo. Supongo que podía justificar el trato más suave por mí recibido con lo poco involucrado que estaba con el movimiento estudiantil, y por lo tanto, con lo accidental de mi presencia el día que los militares entraron a la universidad. Pero no, la verdad es que el apellido me protegía.

Las celdas eran cubículos de tres por dos metros y, como trampa de felinos, la puerta se encontraba en el techo. Es decir, eran espacios subterráneos y la única ventilación, así como el acceso al cuarto, tenía forma de alcantarilla de tal manera que nosotros éramos las aguas negras del país y ése era el trato que recibíamos. Lo único presente en el espacio liso era la escalera de fierro empotrada a la pared, la cual parecía una invitación a azotar la cabeza contra ésta y yo me pregunto si alguien en efecto terminó haciéndolo, amedrentado por la tortura continua y sin la esperanza de un futuro lejos de ahí.

Uno por uno se llevaban a mis compañeros. Cuando los devolvían, arrastrándolos, entre una nube de dolor y lamentos, su regreso silenciaba a todos apenas por unos segundos. Después, como por solidaridad o contagio, alzaban la voz, los gritos de desamparo en un coro desafinado. Tras un rato, se conformaba un quejido uniforme con el que se gastaba la última reserva de fuerza contenida en esos cuerpos rotos. Y al día siguiente la jornada comenzaba de nuevo. El miedo es uno y es contundente. El dolor en cambio es múltiple, tan numeroso como huesos y músculos hay en el cuerpo. Yo pensé que iba a enloquecer.

A ellos les habían quitado todo. Sobre el suelo húmedo, no había palabras que quisieran emitir porque les habían arrebatado el discurso a punta de culatazos, ya no quedaba nada, tan sólo moretones y orificios ultrajados. Ya dije que a mí me fue mucho mejor, pero como uno mide la miseria desde uno mismo, me lamentaba que no me hubieran permitido al menos conservar los libros. Ésos que me llevaron a la universidad aquella mañana fatídica, éstos que no pude devolver porque me topé con la biblioteca cerrada y a los que me aferré cuando me treparon a la furgoneta militar, son éstos los libros que añoraba porque aún traía el eco que deja la última lectura. Al menos tuve tiempo de sobra para reconstruir en mi mente pasajes, y uno en particular se volvió una especie de rezo ateo, de mantra: "...el vacío será inmóvil y nunca se moverá... Pero yo seré el Vacío, moviéndose sin haberse movido", así escribió Kerouac, y que el título del libro fuera "Los ángeles de la desolación" era abrumador. Unos ángeles, eso eran mis amigos los universitarios en su intento por sobrevivir a mi tío.

25

Un buen día me bañaron, quizás veinte días después de mantenerme en mi propio jugo. Me recortaron el pelo y me cambiaron de ropa. Salí por primera vez por mi alcantarilla, y si no fuera por el tratamiento de recomposición que me estaban aplicando, hubiera entrado en pánico. Me llevaron a un galerón inmenso y gris, y ahí fue donde la vi de nuevo, el pelo corto, el ceño más endurecido que nunca. Y yo, como un bebé, me solté a llorar.

Mi hermana Rocío, al verme hecho un pedazo humano, tan delgado y lloroso, me consoló y se disculpó por no haber llegado antes, dijo que las averiguaciones y el sinuoso

camino de los sobornos no se lo habían permitido. Una vez concluida la escena pegajosa y como recuperando la compostura, Rocío dijo que había delineado una ruta de escape para mí. "¿De este lugar?", pensé a un paso del terror, "¿a través de túneles, sobre bardas, por hoyos, como en una película?". Por suerte, antes de hacer el ridículo con mi ficción paranoica frente a ella, tan guerrillera, tan capaz y valiente, me explicó que mi libertad ya había sido aprobada, que nos iríamos en cualquier momento. Y que cuando ella mencionó escapar se refería a mi país, mi apellido y mi historia.

Continuar en Modaro no podía dejar nada bueno. Rocío había aventado el apellido por delante para protegerme primero y para liberarme después y el hecho de salir de ahí en una sola pieza iba a despertar la desconfianza de los disidentes del sistema. Ella estaba participando en la gestación de un golpe de Estado y mi actitud pasiva durante todos esos años, aunado a las nulas secuelas de mi estancia en prisión, podían costarme la vida. Cuando liberaran a los estudiantes y demás presos políticos, alguien iba a especular, de seguro ya había más de uno que pensaba que yo era un chivato. "¿Cómo?, ¿mis ángeles de la desolación?, ¿ellos cuyos gritos me acompañan en el sueño me desearen la muerte pese a que he sido una oreja de lo más solidaria? Y si son mis ángeles los que me expulsan del territorio, ¿a dónde voy a ir a parar?"; esto fue algo más que sólo pensé y no fue verbalizado porque ni modo de gimotearle a mi hermana después de que ella veló mi tiempo en prisión y me ahorró ese conocimiento de mundo que se llama tortura. El mismísimo lado oscuro de la humanidad, el de hienas y chacales, de ahí me rescató Rocío y por lo tanto, mi situación no estaba como para emitir quejas.

Había que derrocar a mi tío a toda costa y mi hermana estaba preparada. Vaya que lo estaba, vieras la descripción tan gráfica que salió de su boca: "haré lo que sea, le sacaré los ojos con un lápiz para que firme su renuncia, le arrancaré los testículos y los dejaré en el frutero del comedor, le sacaré uña por uña y las dejaré en la alfombra para que a mi tía le dé un ataque". Sanguinaria, no necesariamente factible pero en fin, parecía estar en un momento de auto terapia cuyo propósito era fortalecerse, y yo no era quién para decirle que su descripción tenía visos cómicos. Lo cierto es que iba a suceder, mi hermana planeaba acabar con mi tío y matarlo si era necesario. En manos de ella se extinguirían los rasgos de mi padre, éstos en común con mi tío y de alguna manera parecía que papá iba a morir de nuevo.

-¿Y Jos?, ¿y la mamá de Jos?

-Al exilio. A la cárcel. Que se mueran. No sé.

-¿A mí también me mandas al exilio?

-A ti te salvo el pellejo, imbécil.

"Me dejaste sola", eso decía su expresión, la huérfana presidencial honró su papel y yo no la seguí, me pasmé. Era muy fácil entrever el reclamo dibujado en su cara.

-Vas a despacharnos a todos..., ¿quieres quedarte sin familia?

Plaf. Supongo que me lo gané, no lo sé, tal vez era parte de su necesidad de rudeza, de hacer lo que debía y no quebrarse en el proceso. Cayó la bofetada sobre mi piel, todas las opiniones reprobatorias se materializaron en ese momento para enrojecer mi mejilla. Sí, seguro me lo merecía.

Salimos de la cárcel por un portón lateral. Un Jeep nos esperaba con el motor encendido como si en efecto fuera un escape. No había sido absuelto sino al contrario, apenas

empezaba mi juicio, ser culpable de indiferencia, ése era el veredicto predecible. Un chofer silencioso que había logrado no voltearme a ver una sola vez, manejó durante casi dos horas hasta llegar a un punto geográfico sin referente, un terreno llano igual a tantos otros. El carro se detuvo, me hermana se apeó y me indicó que bajara yo también. Me entregó una mochila grande:

-Llevas tres mudas de ropa, algo de comida y agua, hay tres mil dólares en el bolsillo interior y quinientos pesos nuestros en el cierre de enfrente. También llevas tu pasaporte, no vas a necesitar visado con nuestros vecinos, pero si planeas ir más lejos, tendrás que tramitar alguno en el consulado correspondiente. Y por si acaso... -, y sacó una pistola de su cintura, la manipuló con confianza, revisó el cargador, y yo no tenía idea de dónde salió esa amazona que alguna vez usó vestidos estampados y una diadema con listones.

-Ésta es una pistola Titán con seis cartuchos. Éste es el cargador, así sale y entra, y así se retrae la corredera para que esté listo. Aquí está el seguro y así se pone y se quita. Tráelo siempre puesto y si te fijas, está al alcance del pulgar para que puedas quitarlo con facilidad justo antes de disparar-, volteó la pistola y me la entregó. Yo no lograba pescar el ritmo de la situación, todo pasaba tan rápido y yo me preguntaba si me alcanzarían los meses para digerir ese día. Mi hermana sacó un mapa de la guantera y lo extendió:

-Aquí viene marcado el punto donde estamos y la ruta menos difícil para cruzar la cordillera. No lo pierdas-. Y ese remate no surgió de una especie de instinto materno sino de la aceptación de mi ineptitud, estoy seguro.

-Mantente tras los matorrales-, sé que era un decir, pero durante mi tiempo a la intemperie no pude evitar ver arbustos y querer esconderme tras éstos con la ilusión de que si obedecía a mi hermana, de alguna manera todo saldría bien.

Lo que se transita en silencio puede no ser muy elocuente pero sí intenso. Los dos de pie, las instrucciones ya agotadas. ¿Por qué no la abracé?, no tengo idea, supongo que por temor a otra cachetada. No, no era eso, porque no me lo merecía, no me había ganado el consuelo del contacto físico y no se me ocurrió que tal vez ella lo necesitaba tanto como yo.

Modaro es el tercer país más pequeño del mundo. Ni siquiera ocupa el primer lugar, lo cual le daría al menos cierta notoriedad. Pero no, es relegado al tercer lugar por culpa del Vaticano y Mónaco, pero quién le puede llamar país a éstos, cuando en realidad habría que denominarlos emporio eclesiástico y mega casino respectivamente. En fin, como decía, Modaro es un país muy pequeño pero no tenía una referencia que me ayudara a absorber dicho dato, y cuando los pies están a reventar de ampollas y lastimaduras, el territorio no parece tener fin. Por otro lado, seguir la línea trazada en el mapa no resultaba una misión tan clara porque una cosa es el papel y otra es el paisaje inacabable. Pasan los kilómetros y la población que figura en el mapa no aparece, ¿hice algo mal?, ¿el río que crucé no era el bueno? Porque de equivocarme, no habría manera de llegar a la frontera, me toparía con esas paredes escarpadas de piedra que me resultarían impenetrables. En efecto, mi hermana no era la única capaz de reconocer mis limitaciones.

La noche llegó para anunciar el fin de mis fuerzas. Me dejé caer contra el tronco de un árbol y me aboqué a revisar

el contenido de la mochila que mi hermana me había empacado. A primeras, di con una linterna que me hizo más fácil el resto de la revisión. Rogaba porque se hubiera acordado de empacarme un repelente, temía ser el aperitivo de media noche de esos mosquitos sobrecrecidos que alcanzaba a escuchar. Yo seré un inepto pero ésa sí no se me hubiera olvidado a mí, a ella sí, por lo visto, porque no había nada parecido pese a que la hermana mayor debió recordar lo fatal que reacciono a las picaduras. Iba a amanecer como un hombre deformado.

Junto a los dólares encontré esas fotos que ahora tengo en el departamento que me rentaste y el simple hecho de que mi hermana los hubiera metido en mi mochila me hizo sentir menos abofeteado. Una foto era de papá y mamá, muy propios como siempre, tan dueños de su papel. La otra nos fue tomada a los cuatro en una banca de parque, Rocío sobre las piernas de papá y yo sentado entre los dos adultos, mi mamá con una falda amplia, típica de la región, mi papá con un sombrero de palma fina. Cuatro sonrisas, una familia como cualquier otra, una fotografía de lo que no fuimos más que en momentos breves y de distracción.

Ahora que lo pienso la linterna tal vez no fue tan buena idea. El cono de luz, tembloroso entre mis manos, persiguiendo cuanto ruido surgía de esa intemperie desolada. Son esos ruidos precisamente los que le recuerdan a uno que el páramo sí tiene sus habitantes, están ahí, a la espera de que uno se distraiga. Y yo, en pleno sobresalto, correteando seres fantasmales con esa luz que lo único que lograba era lamparearme, impedir que me acostumbrara a la oscuridad. Eso aunado a los manotazos que había que soltar contra cuello, pantorrillas y cara para ahuyentar mosquitos. Vaya nochecita.

Cuando al fin amaneció tenía ganas de regresar, ponerme al servicio de mi hermana, colocarme el atuendo de rudo y aprender a usar un arma, lo que fuera con tal de no enfrentarme al territorio yo solo. Sí, volverse guerrillero por miedo a la soledad era incongruente pero a mí ya nada me sonaba descabellado, menos sin la dosis matutina de café.

Supongo que me eché una última cabeceada, qué sé yo, el caso es que entre un pestañeo y otro se aparecieron enfrente de mí dos niños, uno de ellos, el más grande, clavaba una vara contra mi pantorrilla como si fuera yo un perro callejero y hubiera de descubrir si estaba dormido o muerto.

-¿Cómo te llamas?- preguntó el más pequeño. Los niños son unos seres raros porque de inmediato se van al nombre, como si no hubiera preguntas más inminentes: la salud, la sed, el extravío, el hambre; no, ellos quieren un nombre y yo no quería soltar el mío.

-Pérez-, es cierto, no muy original de mi parte, pero justamente el lugar común me venía bien con estas ganas de anonimato. ¿O qué?, ¿en verdad creías que sólo en México hay sobrepoblación de Pérez?

-¿Ése es tu nombre?

-No, tonto ese es su ape'ido- intervino el hermano mayor.

-¿tóns ¿cuál es tu nombre? - insistía el más pequeño.

-Ése es mi nombre y apellido.

-Pérez... - repitió el niño grande como si sopesara las posibilidades de que apellido y nombre fueran el mismo, uno sólo. ¿Dónde quedó esa ingenuidad infantil?, ¿por qué no me creían y punto?

Entre los dos me ayudaron a incorporarme, las rodillas me rechinaron, el coxis estaba en un protagonismo bárbaro y, tal y como auguré, mi piel tenía cordilleras por todos lados,

como un mapa de los Andes. El mayor hizo las presentaciones (él era un Juan y su hermanito un Manuel, los dos sin apellido, ahí está, y a ellos les parecía insuficiente mi Pérez) y sin mayor averiguación ni consenso, me tomaron de la mano y comenzamos a caminar. Media hora después (y las manos ya chorreadas de sudor) llegamos a esa población que tanto había esperado ver el día anterior.

Nadie parecía particularmente interesado en cómo había llegado ahí ni por qué quería llegar a la frontera. Y yo, con ese guiso calientito enfrente, tampoco. En algún momento pensé, ya en la pachocha de la digestión, que podría quedarme ahí para siempre. Llevar su vida, su anonimato, sus calzones de manta. Recolectar leña con los niños, cortar nopales con Eladio, el papá, o ayudarle a la madre a la remojada del grano aunque no luciera bien con mi condición masculina. Estar dispuesto a hacer lo que sea, trabajar el promedio de 35 horas a la semana como toda latinoamericana en eso de la tortilla (me pregunto qué harán las europeas con tanto tiempo de sobra), o aprender a hacer ese magnífico puchero y nunca más comer otra cosa en mi vida. Seguir en Modaro siendo Pérez, dormirme a las siete todas las noches y madrugar como gente de campo. No había nada que me indicara que no contaba con esa posibilidad. En una de éstas, había encontrado mi sitio.

Jack Kerouac siempre tuvo un hígado de hule hasta que eso no bastó para evitar la hemorragia gastrointestinal que acabó con él. Dicen que en la última etapa de su vida, Jack consumía Johnny Walker Etiqueta Roja en una constante de 17 copas por hora, es decir una cada 3.5 minutos. Eso sí es dedicación.

Entregado a su actividad. Ya fuera beber, consumir benzedrinas, escribir, o claro está, el trifásico compuesto de éstas, lo hacía por horas y lo hacía bien, pese a la opinión del entorno. Minimizado por escritores ajenos a su círculo, satanizado por el *establishment*, burlado por la prensa que aprovechaba la ingenuidad inacabable de Jack al momento de sus respuestas. Y luego la desgracia del *boom* que siguió a la publicación de "*On the Road*". Los periodistas, más molestos aún por su creciente éxito, eran despiadados, y con ello, cosa irónica, se beneficiaban las ventas de prensa y los ratings de televisión. Cuentan que en una entrevista para "*The Paris Review*", Jack se presentó sobrio y así se mantuvo durante todo el encuentro, pero que para no decepcionar a los lectores, el editor decidió insertar periódicamente una acotación que lee "se sirve otro trago". Había que alimentar al monstruo. Algo así como "haz fama... y deja que el público te haga trizas".

Los escritores, irritados, inmersos en el "no es para tanto", se burlaban de él: Norman Mailer, John Updike, Dorothy Parker, vaya, hasta el propio Bukowski. (Mailer dijo que era pretencioso como una puta rica y sentimental como un chupete y eso que le tenía afecto.) Escritores con quien tenía más puntos en común que disparidades estaban más prestos a juzgarlo que a comprender el proceso personal y complejo de la escritura con el que, es evidente, ellos estaban familiarizados.

En cambio la sociedad estaba fascinada con un ícono de la juventud que podía comercializarse. Ponerle una etiqueta los hacía digeribles, permitía contenerlos y restarles importancia. El *mainstream* decidido a quitarle el prefijo a la contracultura. Y claro, llegó el estereotipo: la boina, la barba de chivo, el suéter negro con cuello de tortuga, las

sandalias. Cuentan que una joven aficionada (conste: no una lectora asidua), una fan de la Beat Generation, se topó con Jack y le dijo: "no, tú no puedes ser Jack Kerouac porque él es un beatnik y todos los beatniks usan barba".

Él sólo quería escribir. Pobre Jack, atrapado bajo la lupa de otros, qué fastidio, como si no bastara con sobrevivirse a uno mismo. Ya verás, cuando escriba ese libro, será un trabajo balanceado. No una mezcla de catolicismo y ginebra, como él dijo en una mala borrachera que la vida debía ser, pero sí una combinación de buena fe y claridad. Lo voy a descifrar, me dedicaré a comprenderlo y a hacerle justicia, le callaré la boca a los mal intencionados. Seré el Rodrigo de la crítica literaria.